

VIOLENCIA, AUTORIDAD Y GÉNERO: SUBJETIVIDADES JUVENILES EN DISPUTA EN EL CBTIS DE ESCOBEDO, NUEVO LEÓN

Violence, Authority, and Gender: Youth Subjectivities in Dispute at CBTIS Escobedo, Nuevo León

Abdúl Caballero¹

Emmanuel Talancón Leal²

Resumen

Este artículo analiza las narrativas de seis estudiantes del CBTIS de Escobedo, Nuevo León, con el objetivo de comprender cómo experimentan y resignifican la violencia estructural, los mandatos de género y las formas jerárquicas de autoridad en sus entornos inmediatos. El estudio parte de un enfoque hermenéutico-interpretativo y se sostiene en un marco teórico que retoma los aportes de Michel Foucault sobre las tecnologías de poder, así como las reflexiones de Slavoj Žižek en torno a la violencia objetiva que sostiene el orden social. La técnica empleada fueron entrevistas semiestructuradas, y la unidad de análisis estuvo compuesta por seis jóvenes, cuatro hombres y dos mujeres, seleccionados bajo criterios de diversidad de experiencias escolares y familiares. El análisis de sus relatos permitió identificar dinámicas de normalización de la violencia en el hogar, el barrio y la escuela; el peso de los mandatos de género en la configuración de la masculinidad y la feminidad; y la relación ambigua con las figuras de autoridad. Si bien las narrativas evidencian la reproducción de estructuras opresivas, también emergen expresiones de agencia crítica y cuestionamiento al orden establecido. Se concluye que la subjetividad juvenil no es una simple reproducción de discursos dominantes, sino un campo en disputa, donde también se gestan fisuras, resistencias y nuevas formas de interpretación de lo social.

Palabras clave: género, juventudes, poder, subjetividad, violencia estructural.

1 Doctor en Humanidades y Artes por la Universidad José Martí de las Américas. Miembro del Colegio de Psicólogos y Peritos de México AC. Correo electrónico: abdul.caballero@cbtis258.edu.mx

2 Doctor en Educación por la Universidad del País Uninnova. Profesor-investigador del Centro de Estudios Interculturales del Noreste (CEIN). Correo electrónico: etalanconl@u-erre.mx

Abstract

This article analyzes the narratives of six students from CBTIS in Escobedo, Nuevo León, with the aim of understanding how they experience and reinterpret structural violence, gender mandates, and hierarchical forms of authority in their immediate environments. The study is based on a hermeneutic-interpretative approach and a theoretical framework grounded in Michel Foucault's contributions on technologies of power, as well as Slavoj Žižek's reflections on objective violence as a sustaining force of social order. The research employed semi-structured interviews, and the unit of analysis consisted of six young individuals, four males and two females, selected based on diverse school and family backgrounds. The analysis of their narratives revealed patterns of normalization of violence within the home, neighborhood, and school; the influence of gender mandates in shaping masculinity and femininity; and an ambiguous relationship with figures of authority. While the accounts reflect the reproduction of oppressive structures, they also reveal expressions of critical agency and resistance to the established order. The study concludes that youth subjectivity is not merely a product of dominant discourses, but a contested space where ruptures, resistance, and new interpretations of the social world emerge. Key words: Non-property, absolute property, communal property, earth-territory-nature, alternate meaning.

Keywords: gender, power, structural violence, subjectivity, youth.

Sumario

1. Introducción; 2. Violencia, autoridad y género: coordenadas para comprender lo cotidiano; 3. Camino metodológico: voces, contextos y sentidos; 4. Entre la violencia, los mandatos de género y la desconfianza: voces juveniles desde el CBTIS de Escobedo; 5 Conclusiones; 6. Fuentes documentales.

1. INTRODUCCIÓN

■ **L**a violencia estructural, los mandatos de género y las relaciones de poder atraviesan la vida cotidiana de las juventudes mexicanas, especialmente en contextos marcados por la desigualdad social. En el entramado institucional y simbólico de la escuela, la familia y la comunidad, estos fenómenos operan como fuerzas que moldean subjetividades, reproducen jerarquías y generan distintas formas de exclusión o disciplinamiento. Desde un enfoque hermenéutico-interpretativo, este artículo analiza las voces de seis estudiantes del CBTIS de Escobedo, Nuevo León, con el objetivo de comprender cómo experimentan y resignifican estas dinámicas en sus entornos inmediatos.

El análisis se sostiene en una perspectiva teórica que retoma los aportes de Michel Foucault sobre las tecnologías de poder y el papel de las instituciones disciplinarias, así como en las reflexiones de Slavoj Žižek respecto a la violencia objetiva que sostiene el orden social. Se incorporan también estudios contemporáneos sobre la función de la escuela en la reproducción del orden simbólico de género y la configuración de subjetividades. A través del diálogo entre teoría y experiencia, se busca dar cuenta de las tensiones entre reproducción y resistencia, dominación y agencia, que emergen en las narrativas juveniles.

2. VIOLENCIA, AUTORIDAD Y GÉNERO: COORDENADAS PARA COMPRENDER LO COTIDIANO

El poder y la violencia suelen tener una relación estrecha. Diversos autores han estudiado cómo estos fenómenos se relacionan con la sociedad y sus instituciones, generando un equilibrio aparente que, paradójicamente, produce conflictos que llevan a los límites de la existencia humana.

Como punto de partida, Michel Foucault a lo largo de su trayectoria académica, señaló que en las sociedades occidentales, y en esencia en cualquier sociedad, el ejercicio del poder se manifiesta mediante diversas vías. En las relaciones interpersonales más

comunes, por ejemplo, los padres ejercen autoridad sobre sus hijos, en la escuela los docentes sobre los estudiantes, y en el ámbito laboral los supervisores sobre los trabajadores. Estas relaciones de poder, según Delgadillo (2012), permean, definen y forman todo el “cuerpo social”.

El poder puede adoptar distintas formas según el contexto histórico y social. Pelegri Viaña (2004) reconoce que el poder es un concepto problemático, sin consenso unánime entre los científicos sociales. Se manifiesta como la capacidad de hacer que el comportamiento de los demás se ajuste a la voluntad propia. Las modalidades de poder comúnmente aceptadas son la coerción, la manipulación, el derecho y la influencia.

Desde esta lógica, cada sistema social se estructura a través de instituciones interdependientes. La escuela, por ejemplo, cumple una función central en la formación del sujeto: enseña los lineamientos sociales y, a su vez, comienza a generar etiquetas para quienes no logran adaptarse. Ruiz-Ramírez et al. (2016) señalan que la escuela cumple un papel crucial en la reconstrucción y propagación de contenidos culturales, que moldean conductas sociales de acuerdo con los patrones dominantes en un lugar y tiempo específicos. El orden simbólico de género, en gran medida, se genera y reproduce a partir de la escuela.

En *Vigilar y castigar*, Foucault explica que las instituciones disciplinarias son espacios donde se construye conocimiento sobre las personas y sus comportamientos. En ellas, se promueven discursos pedagógicos, médicos o psicológicos que configuran modos particulares de ser: sujetos disciplinados, normales, obedientes. Delgadillo (2012) afirma que el sujeto es una construcción de estas tecnologías de poder, las cuales configuran discursos, verdades y realidades.

En este sentido, el poder no está localizado en una sola estructura, sino que se manifiesta de manera difusa en las interacciones sociales. No actúa solo por represión, sino mediante procesos de normalización. Produce subjetividades, discursos, saberes. La resistencia, entonces, siempre es posible, porque el poder y su contraparte se expresan como una relación de fuerzas en constante tensión (Giraldo Díaz, 2006).

En ese conflicto surgen narrativas de control y dominación. Žižek, citado por Korstanje (2011), señala que una de las paradojas históricas más inquietantes es observar

cómo las víctimas pueden convertirse en perpetradores. El odio hacia lo que representa el enemigo puede llevar, incluso, a reproducir sus mecanismos de dominación. Así, el espíritu del victimario puede transformarse, de dominador a dominado, y viceversa.

González (2021), citando a Žižek (2009), menciona que la violencia objetiva es aquella que sostiene la normalidad. Esta violencia es invisible porque es parte del entramado simbólico que legitima las formas dominantes de entender el mundo. A partir de ella se estructuran mecanismos sutiles de coerción que configuran las relaciones de dominio en los sistemas políticos, económicos y sociales. Esta violencia se manifiesta también en el lenguaje, en los discursos, en las formas cotidianas de interacción.

Ahora bien, al pensar en las instituciones como productoras de sujetos y saberes, la escuela emerge como un escenario privilegiado donde convergen múltiples formas de poder, pero también donde se reproducen jerarquías de género. Este giro analítico permite transitar del análisis general del poder hacia su expresión concreta en la vida escolar, especialmente en lo que concierne al género.

En un estudio de corte teórico con referencias empíricas que retoma las experiencias del contexto educativo mexicano, Talancón (2017) explica que la escuela, como dispositivo de poder, desempeña un papel crucial en la reproducción del orden social y del estatus quo. Por ello, existen agentes capaces de juzgar, categorizar y aplicar castigos a los estudiantes. Psicólogos, orientadores, docentes, todos se convierten en engranajes de un sistema que moldea a los jóvenes para ajustarse a un ideal de productividad, disciplina y obediencia. El estudiante es modelado como un sujeto dócil y funcional. Esta lógica recuerda a los mecanismos de control en los penales, donde se vigila y corrige constantemente a los individuos para que se comporten de una forma específica.

Expósito y Moya (2011) sostienen que el uso del poder produce dos efectos esenciales: uno opresivo y otro configurador. La cultura ha respaldado históricamente la idea de la superioridad masculina, reproducida mediante la socialización. Esto ha llevado a que las mujeres sean vistas como inferiores y dependientes del reconocimiento masculino. Aunque tanto hombres como mujeres pueden ser víctimas o perpetradores de violencia, las violencias que afectan a las mujeres suelen tener características

particulares: se ejerce desde la cercanía, con frecuencia por personas conocidas, y con una carga simbólica ligada al género.

Ruiz-Ramírez et al. (2016) subrayan que las mujeres enfrentan mayores riesgos de violencia por parte de personas cercanas, a diferencia de los hombres, quienes son más propensos a sufrir violencia en espacios públicos o por desconocidos. Estos procesos de socialización diferencial se intensifican en los espacios institucionales, donde se asignan roles, se prescriben conductas y se restringen posibilidades según el género.

En suma, estas herramientas conceptuales permiten no solo identificar cómo las juventudes son moldeadas por estructuras de poder en sus entornos habituales, sino también visibilizar las formas en que resisten, negocian o reproducen dichas estructuras. La lectura de sus narrativas, desde este marco, busca revelar la densidad política de lo cotidiano y ofrecer una interpretación crítica de las voces juveniles recogidas en el trabajo de campo en el CBTIS de Escobedo, Nuevo León.

Desde esta perspectiva hermenéutica, las voces juveniles se convierten en portadoras de sentidos múltiples que reflejan y resignifican estas tensiones cotidianas.

3. CAMINO METODOLÓGICO: VOCES, CONTEXTOS Y SENTIDOS

El presente artículo se fundamenta en una estrategia metodológica de carácter cualitativo, con énfasis en la interpretación crítica de las narrativas juveniles. Se empleó el método del análisis lógico e histórico, dado que la investigación se enmarca principalmente como una indagación teórica y metacognitiva. El objetivo no es solo registrar lo dicho, sino comprender los sentidos más profundos que los sujetos asignan a su experiencia.

Desde un método hermenéutico, se realizó una interpretación textual rigurosa tanto de los aportes teóricos como de las entrevistas realizadas, permitiendo el cruce entre los discursos juveniles y las categorías críticas de poder, violencia y género. Este enfoque facilitó una lectura compleja de los fenómenos sociales abordados, más allá de su descripción empírica.

Para el análisis de la información se recurrió a herramientas propias del análisis cualitativo, lo que implicó codificación abierta, identificación de patrones temáticos

y procesos de categorización, siempre en diálogo con el marco teórico. Se aplicaron además procesos lógicos como el análisis-síntesis, deducción-inducción, comparación y generalización, para construir relaciones entre los discursos y los dispositivos sociales que los configuran.

Como tareas específicas del trabajo de campo, se realizaron seis entrevistas a estudiantes del CBTIS de Escobedo, Nuevo León, durante el ciclo escolar febrero 2025 a julio 2025. Las y los participantes, cuatro hombres y dos mujeres, fueron seleccionados de forma intencional entre jóvenes canalizados al área de orientación escolar por reportes relacionados con conductas violentas. Las entrevistas se realizaron de manera individual, con consentimiento verbal informado, y fueron posteriormente transcritas. Por razones éticas y de confidencialidad, se han omitido los nombres reales, utilizando seudónimos en la presentación de los hallazgos.

En suma, la metodología adoptada permitió articular el escrutinio bibliográfico con el análisis crítico de las voces juveniles, posibilitando una comprensión situada y profunda de cómo se experimentan y resignifican la violencia, el género y la autoridad en contextos educativos.

4. ENTRE LA VIOLENCIA, LOS MANDATOS DE GÉNERO Y LA DESCONFIANZA: VOCES JUVENILES DESDE EL CBTIS DE ESCOBEDO

Este apartado presenta los hallazgos del trabajo de campo realizado en el CBTIS de Escobedo, Nuevo León, mediante entrevistas semiestructuradas a seis estudiantes, cuatro hombres y dos mujeres. Como se mencionó anteriormente, se utilizó un enfoque hermenéutico-interpretativo para explorar cómo las juventudes vivencian y resignifican la violencia estructural, los mandatos de género y su relación con las figuras de autoridad. A continuación, se presentan los hallazgos organizados en tópicos.

VIOLENCIA COTIDIANA Y ANESTESIA AFECTIVA: LA NORMALIZACIÓN DEL CONFLICTO

Uno de los patrones más reiterados fue la normalización de la violencia en los contextos domésticos y comunitarios. Carlos relata cómo los conflictos entre vecinos, las peleas pandilleras y la presencia de violencia verbal y física son parte del entorno barrial: “Donde vivo sí es normal la violencia”, afirma sin titubeos. Emilio coincide: “Ahí donde vivo es normal que haya balaceras, pleitos... eso ya ni nos sorprende”.

En el espacio familiar, el consumo de alcohol por parte de figuras paternas aparece como un detonante de tensiones. Ricardo cuenta cómo su padre llega frecuentemente en estado de ebriedad, y ha tenido que cargarlo a casa: “Ya ni me sorprende verlo así, así es siempre”. Karina, por su parte, señala que su padre suele violentar verbalmente a su madre y a ella cuando está tomado: “A veces no me dice nada, pero se pone agresivo con mi mamá... grita y tira cosas”. Melissa recuerda una escena en que sus padres se gritaban y se aventaban objetos, y cómo ella, siendo niña, se encerró en el baño: “Yo me acuerdo que me tapé los oídos y me encerré... ya estaba acostumbrada”.

Estas narrativas, aunque relatadas con aparente naturalidad, reflejan un grado preocupante de habituación a contextos de violencia. Lo que en otros espacios podría leerse como alarmante, en sus voces aparece despojado de dramatismo, como parte del paisaje. Esta normalización puede interpretarse como una forma de “violencia objetiva” en el sentido que propone Žižek (2009): una violencia estructural e invisible que sostiene el orden social y se reproduce como “sentido común” en las prácticas cotidianas (González, 2021).

Además, siguiendo a Foucault (1975), estos entornos se convierten en dispositivos de producción de subjetividades, donde el cuerpo y el lenguaje se adaptan al medio como forma de supervivencia. La aparente apatía puede entenderse como una anestesia afectiva, resultado de la exposición constante a mecanismos normalizados de coerción. Al mismo tiempo, el silencio o la resignación que acompaña estos relatos no implica pasividad absoluta: en algunos casos, los jóvenes han intervenido o intentado poner límites, aunque con consecuencias adversas, como lo expresa Humberto: “Yo sé que

lo hice por mi hermana, por mi mamá, y no me importa si me metí en problemas con la familia”. Esta agencia, aunque parcial, abre fisuras en el entramado disciplinario.

GÉNERO COMO DISPOSITIVO: MANDATOS, VIGILANCIA Y DISCIPLINAMIENTO

Las entrevistas también revelan cómo los mandatos de género atraviesan las experiencias de los y las jóvenes. Para los hombres, el mandato del proveedor está fuertemente arraigado. Ricardo lo expresa con claridad: “Tengo que trabajar, cuidar a mi mamá, ayudar a mi hermana... eso es lo que esperan de mí por ser hombre”. Emilio agrega: “Ser hombre es no fallar, es aguantar todo, no llorar, no quejarse”. La masculinidad se configura como una carga que implica fortaleza emocional, autosacrificio y control.

Para las mujeres, en cambio, las exigencias se centran en el control del cuerpo, la conducta y la imagen. Melissa relata que su madre le decía: “No puedes andar con short, eso es de niñas fáciles”. Karina, además de las restricciones en la vestimenta, denuncia la vigilancia constante sobre sus actividades: “Me revisan todo. Si salgo, si llego tarde, si hablo con alguien. A mis hermanos no les dicen nada”.

Estas formas de disciplinamiento no solo se imponen desde el núcleo familiar, sino también desde la comunidad escolar y el barrio. Alberto comenta que a su prima la critican si sale en moto: “Dicen que es muy ‘machorra’ por andar en eso. Pero si yo lo hago, soy normal”. Este contraste revela cómo los roles de género se construyen como dispositivos de control (Foucault, 1975), en donde se produce una jerarquización simbólica del cuerpo y de los comportamientos, validando solo aquellos que reproducen el ideal hegemónico.

Como señalan Expósito y Moya (2011), el uso del poder tiene un efecto opresivo y otro configurador, y la cultura patriarcal ha legitimado históricamente la subordinación de las mujeres. En consonancia, Ruiz-Ramírez et al. (2016) sostienen que las instituciones, entre ellas la escuela y la familia, reproducen estos mandatos diferenciados, intensificando la vigilancia y restringiendo la movilidad femenina. El género opera, así, como una tecnología de poder que organiza simbólicamente los cuerpos y las posibilidades.

SUBJETIVIDADES EN DISPUTA: ENTRE LA SUMISIÓN Y LA RESISTENCIA

Aunque la mayoría de las y los entrevistados reproducen ciertos mandatos sin cuestionarlos, también emergen voces de resistencia o ambivalencia. Humberto narra cómo rompió con su familia tras defender a su madre y hermana de un conflicto con un primo, a pesar de que ello lo llevó a enfrentar una denuncia legal: “Lo hice por ellas. No me importa lo que venga”. Ricardo, aunque repite con naturalidad lo que se espera de él como hombre, reconoce: “A veces me canso. Yo también tengo cosas que quiero hacer, pero pues no puedo”.

Melissa, aunque cumple con las reglas impuestas en casa, cuestiona las desigualdades que enfrenta como mujer: “Me exigen mucho más que a mis hermanos. Siempre tengo que dar explicaciones, ellos no”. Karina ha comenzado a confrontar a su madre: “Le digo que por qué siempre me quiere controlar, si yo no le hago daño a nadie”. Estas expresiones de disenso, aunque sutiles, abren fisuras en el orden simbólico dominante, y permiten pensar en formas incipientes de agencia y autonomía.

Como recuerda Foucault (1982), donde hay poder, hay resistencia, y esta no está necesariamente ubicada en una posición externa, sino que emerge desde el mismo tejido de relaciones donde se ejerce el poder. Estas formas de subjetivación crítica, aunque contradictorias, dan cuenta de una politización incipiente de la vida cotidiana, donde los discursos dominantes son parcialmente negociados o reinterpretados.

Asimismo, algunos entrevistados muestran una voluntad explícita de cambio. Carlos, quien estuvo involucrado en peleas durante la secundaria, ahora afirma: “Ya no quiero eso. Ya pasé por eso. Ahora quiero terminar bien y buscar un trabajo”. Emilio, que vivió experiencias de discriminación por su apariencia, ha comenzado a cuestionar la autoridad de los docentes que lo señalan: “Si yo no molesto a nadie, ¿por qué se meten conmigo?”. Estas voces, aunque aún cargadas de contradicciones, manifiestan procesos de subjetivación (Delgadillo, 2012), que resisten el sometimiento total a los discursos hegemónicos.

AUTORIDAD Y CASTIGO: ENTRE LA VIGILANCIA Y LA EXCLUSIÓN SIMBÓLICA

Los relatos también evidencian una relación ambigua con las figuras de autoridad, sean familiares, docentes o institucionales. Varios jóvenes narran experiencias de discriminación o arbitrariedad. Ricardo recuerda cómo un maestro se negó a revisar su tarea por su apariencia física: “No me quiso revisar porque traía las cejas así. Me mandó a orientación nomás por eso”. Melissa relata cómo en su casa se le imponen reglas estrictas sobre su comportamiento y vestimenta: “Mi mamá no me deja andar sola ni usar short. Dice que luego la gente habla”. Esta vigilancia constante sobre su cuerpo y su movilidad, antes mencionada, contrasta con el trato que reciben sus hermanos varones, a quienes, según afirma, no se les cuestiona nada. Karina también menciona: “A mí me piden permiso para todo, pero mis hermanos salen y regresan cuando quieren”.

Estas experiencias reflejan una reproducción cotidiana del control de género (Expósito y Moya, 2011), donde se espera que las mujeres se autocensuren y se limiten para “evitar problemas”, mientras los hombres gozan de mayor libertad. La autoridad jerárquica refuerza el mandato de género mediante mecanismos simbólicos de validación o castigo.

La policía es otra figura que aparece con frecuencia asociada al abuso de poder. Emilio denuncia: “Los polis nomás por tener placa creen que pueden hacer lo que quieran”. Carlos relata que en una ocasión fue detenido sin razón aparente: “Me pararon solo por cómo me vestía. Me revisaron todo. No traía nada, pero me trataron como delincuente”.

Estas experiencias refuerzan una percepción de la autoridad como figura distante, impositiva y poco abierta al diálogo. Tal como advierte Foucault (1975), las instituciones no solo educan o protegen, sino que vigilan, categorizan y sancionan; operan como espacios de control donde el saber y el castigo se entrelazan para producir sujetos obedientes.

A diferencia de lo que podría esperarse de los espacios escolares o institucionales como lugares de contención y acompañamiento, los jóvenes experimentan ahí formas

de exclusión, vigilancia o violencia simbólica. No obstante, esta percepción no se expresa únicamente como queja, sino también como reflexión crítica: “La autoridad debería cuidar, no chingarte. Pero no entienden eso”, sentencia Alberto.

A través de estos relatos, se hace evidente que las juventudes no solo narran experiencias individuales, sino que ponen en evidencia la lógica estructural que atraviesa sus vidas: instituciones que prometen cuidado pero ejercen vigilancia, figuras que deberían guiar pero terminan reproduciendo exclusiones. Las voces aquí recogidas no solo denuncian injusticias, sino que también iluminan las contradicciones del orden simbólico que habitan. En sus palabras, a veces cargadas de resignación, a veces de cuestionamiento, se vislumbra una comprensión crítica de las jerarquías que los interpelan. Esta conciencia, aunque fragmentaria, anuncia el potencial de una subjetividad que, aun en tensión con el poder, no deja de buscar formas de reinterpretar y resistir su lugar en el mundo.

5. CONCLUSIONES

Las voces juveniles recogidas en el CBTIS de Escobedo revelan una compleja trama de relaciones donde la violencia estructural, los mandatos de género y las formas jerárquicas de autoridad se naturalizan como parte del paisaje cotidiano. Lejos de ser fenómenos aislados, estas dinámicas se entrelazan y reproducen a través de dispositivos de poder que actúan desde la familia, la escuela y las instituciones del orden. En este entramado, la escuela no solo educa, sino que vigila, clasifica y sanciona; la familia no solo cuida, sino que impone roles diferenciales; la autoridad no solo protege, sino que castiga.

Sin embargo, el análisis también muestra que, en medio de la normalización del conflicto y la reproducción de desigualdades, emergen formas incipientes de agencia y resistencia. Las y los jóvenes no son sujetos pasivos ante el poder: algunos lo negocian, otros lo cuestionan, otros más lo enfrentan abiertamente. Estas expresiones, aunque fragmentarias, abren posibilidades para imaginar nuevas formas de subjetividad y relación, más allá del sometimiento.

Desde una perspectiva foucaultiana, estas tensiones son parte inherente de todo campo de poder. Donde hay disciplina, también hay fisuras; donde hay normalización, también hay disenso. Este estudio, al dar centralidad a las voces juveniles, permite leer en sus palabras no solo el peso de lo instituido, sino también la potencia de lo que puede transformarse.

6. FUENTES DOCUMENTALES

- ÁLVAREZ-SANTOS, R. (2019). Una aproximación al concepto de violencia desde la perspectiva de Slavoj Žižek y Byung-Chul Han. *Revista Eduscientia. Divulgación de la Ciencia Educativa*, 2(4), 42-50.
- DELGADILLO, J. F. (2012). Foucault y el análisis del poder. *Revista de Educación y Pensamiento*, (19), 160-171.
- EXPÓSITO, F., & Moya, M. (2011). Violencia de género. *Mente y Cerebro*, 48(1), 20-25.
- GIRALDO DÍAZ, R. (2006). Poder y resistencia en Michel Foucault. *Tabula Rasa*, (4), 103-122.
- GONZÁLEZ, M. E. N. (2021). Aproximación teórica para entender la violencia desde un enfoque crítico. *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 23(2), 305-324.
- KORSTANJE, M. E. (2011). Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales. En respuesta a S. Žižek. *Nómadas: Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 30(2), [páginas faltantes].
- PELEGRI VIAÑA, X. (2004). El poder en el trabajo social: una aproximación desde Foucault. *Revista de Treball Social*, 17, 21-43.
- RUIZ-RAMÍREZ, R., & Ayala-Carillo, M. del R. (2016). Violencia de género en instituciones de educación. *Ra Ximhai*, 12(1), 21-32.
- TALANCÓN LEAL, E. (2017). Indígenas universitarios: su percepción acerca del sistema educativo y la función docente como vía de reproducción o cambio social. *Educación y Ciencia*, 6(48), 80-92.